

PAGINA DOMINICAL

Fiestas de la semana

Luz nueva a las 5 h. 2 m. 12 s. p.m.

9 Domingo: Ss. Primo y Feliciano.

10 Lunes: Ss. Margarita Reina de Escocia, Maximo y Cetulio m.

11 Martes: Ss. Bernabé ap. Félix y Fortunato mrs.

12 Miércoles: Ss. León III P. y Juan de Sahagún.

13 Jueves: Ss. Antonio de Padua y Aquilino.

14 Viernes: Ss. Eliseo Prof. y Basilio m.

15 Sábado: Ss. Crescencia, Vito y Modesto m.

16 Domingo: Nuestra Señora del Socorro. Ss. Aureliano, Justina y Juan Francisco de Regis.

Cuanto crecienta a las 8 h. 11 m. 12 s. a. m.

MORTIFICARSE ES MERECER

Epístola del Domingo

Domingo III de Pentecostés. Epíst. I de San Pedro V, 6—11.

Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios, para que os exalte al tiempo de su visita o del juicio.

Descargando en su amoroso seno todas vuestras solicitudes, pues él tiene cuidado de vosotros.

Sed sobrios, y estad en continua vela; porque vuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar.

Resistidle firmes en la fe, sabiendo que la misma tribulación padecen vuestros hermanos, cuantos hay en el mundo.

Mas Dios dador de toda gracia, que nos llamó a su eterna gloria por Jesucristo, después que hayáis padecido un poco, él mismo os perfeccionará, fortalecerá y consolidará.

A él sea dada la gloria y el poder soberano por los siglos de los siglos. Amén.

REFLEXIONES

DE LA HUMILLACION ANTE DIOS

Conocer a Dios y conocernos a nosotros mismos son dos cosas que constituyen la más alta sabiduría práctica. Conocer a Dios para servirle, amarle y adorarle con todas las fuerzas de nuestro corazón; conocernos a nosotros mismos para comprender nuestra impotencia y nuestra nada, y para vivir humillados, como leemos en la Epístola, *bajo la mano poderosa de Dios*.—¿Ah, Señor,—decía San Francisco de Asís,—¿Quién sois Vos, y quién soy yo? Vos sois el abismo de la sabiduría, la ple-

nitud del ser y de todo bien; yo soy el abismo de la necesidad, el último de los pecadores, y de mí propio sólo tengo el mal. Y como esto, que decía el Santo, podemos decirlo nosotros con mayor motivo, no es aventurado afirmar que el fundamento de nuestra humildad es el conocimiento de nuestras miserias. ¿Quién que se conozca en algo osará ser orgulloso?—Un pecador que se humilla—dijo San Agustín—vale más que un justo altanero, pues sólo con la humildad podemos acercarnos a la grandeza de Dios.

Es, pues, necesario ser humildes, y no perder nunca de vista esta sentencia que hoy nos da el Príncipe de los Apóstoles: *Humillaos bajo la mano poderosa del Señor*. Detengámonos un momento a considerarla.

Humillaos, es decir, reconoced que todo vuestro ser, y la conservación de vuestra existencia, todo viene de Dios, que os lo dió gratuitamente, no para que os ensoberbeciais, no para que abuséis de ello, no para que os consideréis superiores a vuestros semejantes, sino para que le sirváis y le glorifiquéis a Él en todas las acciones de vuestra vida.

Humillaos, es decir, reconoced que, después de criados y conservados, os halláis en las manos del Todopoderoso, como el barro en las del alfarero, y que así como éste da a su barro la forma que le place, así toca a Dios disponer de vosotros y de vuestras cosas: como más le agrade, si que ninguno pueda decir: ¿Por qué me has hecho así?

Humillaos, es decir, reconoced que vosotros solos, por vuestras propias fuerzas naturales, nada bueno podéis en orden a vuestra eterna salvación, y que toda vuestra suficiencia, y bondad, y poder, y querer viene de Dios, sin cuyo auxilio no sois capaces de comenzar, ni de proseguir, ni de terminar ninguna buena obra meritoria de vida eterna.

Humillaos, es decir, reconoced que en todos los a c t o s y momentos de vuestra existencia os encontráis bajo la fuerza irresistible del brazo omnipotente de Dios, que os halláis en la absoluta necesidad de someteros a Él, y que es la mayor de las necesidades el pretender resistirle.

Humillaos, es decir, reconoced que esa mano poderosa, que crió el cielo y la tierra, se halla abierta para derramar gracias, bendiciones sobre todos los hombres que humildemente se las pidan, y que la oración de ruegos a su divina Majestad, os es absolutamente necesaria para obtener la abundancia de sus riquezas celestiales.

Si, este es el sentido profundo que encierran las palabras de nuestra Epístola, y nos las recuerda la Iglesia en el día de hoy, para que todos, anonadados ante la presencia divina, digamos con el Salmista: *“Ah, Señor, mi ser está delante de Vos como la nada; y todo hombre vivo en la tierra no es más que vanidad... Mi ignominia está todo el día ante mis ojos, y la confusión cubre mi rostro.”* ¿Puede darse mayor motivo de humillación que vernos en la impotencia de hacer algo bueno por nosotros mismos? Y que esto es así no se puede negar, pues están clarísimas las palabras de Jesucristo que nos dice: *“Sin mí nada podéis hacer.”*

Astí, pues, es preciso que andemos siempre en grande humildad delante de Dios, y que, reconociendo su riqueza, su bondad y su misericordia, le roguemos nos ayude y fortalezca no sólo para hacer lo bueno, sino también para no caer en lo malo, y haciendo esto, ya lo dice nuestra Epístola: *“El mismo nos ensalzará en el día de su venida”*; esto es, en el día que, colocado en trono de inmensa majestad, venga a juzgarnos a todos.

Y nadie se maraville de esta insigne prerrogativa concedida a la humildad, pues es ley constante que el hombre cuanto

más baja en su propia estimación, más sube en la de Dios. El orgullo que sube hasta el cielo, baja hasta el infierno; y la humildad que baja hasta el infierno, sube hasta el cielo. Bajar para subir; humillarse para ser ensalzados, o mejor dicho, humillarse para dar gloria a Dios, y dejar a Dios el cuidado de nuestra gloria; esta es el secreto que ensalza sublimemente a las humanas criaturas, y claro debemos verlo todos en aquellas palabras de nuestro dulcísimo Redentor: *“El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.”*

AHORRAR ES MERECER

Viajeros

De San Miguel los Sres: Juez del Circuito, secretario y escribiente, Guillermo Gieyes, Mauricio Hernández e Ismael Romero.

De Bogotá: el señor Rafael Cruz.

Para Quetame: el señor Luis Heli Díaz.

Para Orocué: la señora Avelina Osorio.

La Guardia filial del Papa

El M. R. P. Huberto Gebhard s. m. m. Procurador General de la Compañía de María en Roma y Director de la Archicofradía de María «Regina dei Cuori» publica en la Revista del mismo nombre, los estatutos recién aprobados de una asociación que se llama: *“La Guardia filial del Papa”* cuya fundación se debe al celo de aquel santo varón por María y a su amor encendido para con la persona sagrada del Sumo Pontífice.

Es cierto que el Vicario de Jesucristo tiene su Guardia de honor para decoro y protección de su augusta Persona, pero no es indiferente formarle otra especial que lo defienda y sostenga contra los enemigos invisibles. A esta Guardia hásele de exigir con un desinterés y abnegación sin medida, cuanto fuere necesario para favorecer la misión divina que le corresponde en este mundo al sucesor de San Pedro.

La guardia filial del Papa luego, se recluta entre los mismos miembros de la Archicofradía de María Reina de los Corazones, quienes en el secreto más absoluto se inmolan para el triunfo del Papado y al efecto cumplen con más exactitud las obligaciones espirituales y prácticas de la Archicofradía.

EL DIRECTOR DE ÉSTE PERIÓDICO lleno de emoción en presencia de la extraordinaria concurrencia de feligreses que fervorosos asistieron a las honras que por el descanso de su amadísimo padre se celebraron ayer, no puede confiar este número a la prensa sin depositar en él un agradecimiento sincero que vaya a decir a cada uno cuánto ese acto endulzó la amargura de sus lágrimas y suavizó el martirio que por los múltiples trabajos de su actual situación está sufriendo.